



Tossal de l'Abiar - Cova de les Bruixes (Benitachell)

Mónica Claramonte Chiva

Publicación digital

Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante. 2001

Editor

Fernando E. Tendero Fernández

Sección de Arqueología del Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados
en Filosofía y Letras y en Ciencias de Alicante

Año de la edición: 2002

Depósito legal: A-787-2002

ISBN: 84-607-5525-8



Nombre de la intervención:	Tossal de l'Abiar - Cova de les Bruixes
Municipio:	Benitachell / El Poble Nou de Benitatxell
Comarca:	La Marina Alta
Directora:	Mónica Claramonte Chiva
Promotor:	Ayuntamiento de Benitachell
Fecha de la actuación:	3/2001
Coordenadas localización:	31SBC506914
Periodos culturales:	Ibérico reciente, romano altoimperial e islámico
Material depositado:	Museo Arqueológico y Etnológico Municipal Soler Blasco de Jávea
Tipo de intervención:	Excavación de salvamento

DESARROLLO DE LA INTERVENCIÓN

Debido a la inmediata urbanización del Tossal de l'Abiar, término municipal de El Poble Nou de Benitatxell, que afectaba directamente a terrenos de un yacimiento arqueológico documentado desde 1987 y conocido como el Tossal de l'Abiar / Cova de les Bruixes, se hizo necesaria la realización de una excavación de salvamento.

La urbanizadora Cuñat Weber y el Ayuntamiento de El Poble Nou de Benitatxell, se hicieron cargo de los primeros trabajos llevados a cabo en junio del 2000, pero posteriormente debido a los restos encontrados y al interés mostrado por parte del ayuntamiento de dicha localidad, se financiaron dos nuevas intervenciones con la finalidad de ampliar las investigaciones y en un futuro hacer del conjunto un parque arqueológico, que incluiría la llamada Cova de les Bruixes.

Las hipótesis generales que se pudieron extraer tras la primera campaña fueron la existencia de un primer asentamiento íbero-romano con una cronología que va desde el siglo II a. C. hasta principios del siglo I d. C., localizándose este en la parte más elevada del montículo. Zona donde también se encontraron restos cerámicos con una cronología del siglo II d. C. y algún que otro material de los siglos IV-V d. C. que podrían indicar una perduración de la primera ocupación o, al contrario, mostrarían un abandono tras el siglo I d. C. y una posterior reocupación de la zona. Por otra parte, también se pudo

establecer un asentamiento musulmán que iría desde el siglo XI hasta principios del siglo XIII, localizándose este en la vertiente sureste del montículo. Coincidiendo esta fecha final con la fecha de llegada de los cristianos a estas tierras en 1240-1244, provocando la interrupción de dicha ocupación musulmana.

Aunque encontramos materiales cerámicos de diferentes etapas de ocupación, solo recuperamos estructuras asociadas a la posible alquería de época andalusí, todas ellas con un escaso grado de conservación. Con respecto a estas estructuras hay que destacar, en primer lugar, un silo excavado en el terreno; en segundo lugar, un basurero que proporcionó gran número de fragmentos cerámicos de finales del siglo XII - principios del XIII, y por último, los basamentos de dos muros que se asientan el uno sobre el otro, manteniendo la misma orientación noroeste-sudeste y que podrían formar parte de la alquería andalusí abandonada a principios del siglo XIII.

Debido a los datos obtenidos en esta primera intervención arqueológica y al interés mostrado por el ayuntamiento de esta localidad se llevó a cabo una primera prolongación que se realizaría durante el mes de diciembre de 2000, con la intención de continuar los trabajos desarrollados en la primera campaña. Durante esta prolongación los trabajos se centraron en terminar de excavar el basurero de finales del siglo XII - principios del siglo XIII, al mismo tiempo que continuar la delimitación de los basamentos de los dos muros aparecidos en la cata E. Posteriormente, se realizaron dos nuevas catas, una de ellas en la zona abancalada inmediatamente por debajo de la cata E, y una segunda en la Cova de les Bruixes, abrigo natural que se encuentra cerca de la zona de excavación. Esta última cata se realizó teniendo en cuenta la proximidad de la cueva y la conocida utilización, a lo largo de los tiempos, de los abrigos naturales por el hombre, proporcionándonos en este caso, un interesante conjunto de materiales cerámicos. Siendo precisamente este hallazgo lo que nos condujo a pedir una segunda prolongación, para poder tener una visión más completa de la funcionalidad del abrigo o covacha natural y también valorar su relación con el resto del conjunto arqueológico del Tossal de l'Abiar.

Esta última actuación se llevaría a cabo en el mes de marzo de 2001 y se centraría exclusivamente en el estudio de la cueva (Cova de les Bruixes). En la campaña de excavación participó Victoria Domínguez Sánchez. En ella optamos por la excavación completa de la cueva, empezando los trabajos por la zona más interna de esta, zona en la que se localizaría la UE 7004,

compuesta por tierra de tap procedente de la cubierta de la cueva y de la pared de esta misma, deshecha en su parte baja. En ella no aparecieron fragmentos cerámicos, mientras que sí que aparecieron huesos de animales de pequeño tamaño (ratones, conejos...) en su parte nordeste, donde observamos la existencia de una posible madriguera de algún pequeño depredador.

Bajo esta capa inicial apareció el nivel UE 7005, compuesto por una capa de tap quemada o ahumada y sin muestra de fragmento cerámico alguno, causa de la utilización de la cueva como lugar de quema de la leña de las viñas circundantes. Una vez limpia la zona más interna de la cueva empezamos los trabajos en la parte restante de ella, colmatada casi en su totalidad por deposiciones de tierra y piedras debido a la utilización de la cueva como basurero por parte de los agricultores. Lo primero que habría que señalar sería la aparición de un murete de contención, o UE 7006, formado por piedra de mediano y pequeño tamaño y sin ningún tipo de argamasa, de unos 6 m de longitud y 1,20 m de grosor, situado en la zona sudoeste de la cueva. Dicho muro se encargaba de cerrar o rellenar el hueco de la cubierta de la cueva en este lado, ejerciendo al mismo tiempo tanto de base sostenedora de la techumbre de la cueva como de limitador de un espacio.

La capa superficial recibió el nombre de UE 7000, manteniendo el número del primer sondeo realizado en la cueva en la campaña anterior. Esta unidad estaba formada por tierra marrón, piedras de pequeño y mediano tamaño concentradas en mayor número en la parte norte, y un conjunto cerámico muy amplio, el cual agrupaba desde fragmentos de *dolia*, algún pivote de ánfora romana, algún asa de jarra de cerámica común islámica, cerámica verde-manganeso (siglos XII-XIII), fragmentos de azulejos de época contemporánea, y un dispar grupo de materiales de esta misma época.

A medida que levantábamos esta capa superficial, apreciamos la aparición de una mancha de unos 4,50 m de longitud y unos 2,60 m de anchura en la zona más suroeste de la cueva, coincidiendo esta con la zona de donde retiramos gran número de leña sin quemar perteneciente a la poda de los viñedos vecinos, demostrando, así, que la mancha era la causa de la acción del fuego sobre dicha capa debido a la utilización de la cueva para la quema de rastrojos, aparte de basurero.

Aparte de esta capa, aparecieron dos muretes, uno en la zona norte y otro en la oeste, coincidiendo estos con la línea de cubierta que aún conservaba la

cueva, diferenciando así dos espacios, uno cubierto y coincidente con la línea de los muros que cerraría ese espacio, y otro descubierto.

De esta manera, se establecerían dos nuevas unidades, la UE 7007, muro en forma de codo y compuesto por piedras de mediano tamaño trabadas con argamasa, manteniendo una dirección este-oeste y con una longitud final de 4,50 m y una anchura de 0,45 m; y la UE 7008, muro compuesto por piedras de mediano tamaño trabadas con argamasa, manteniendo una orientación norte-oeste y con una longitud final de 6,20 m y 0,50 m de grosor.

Ambos muros se encontraban separados el uno del otro por un espacio de 1,45 m de anchura que hacía plantearse la hipótesis de encontrarnos ante una zona de acceso al recinto cubierto. Esta zona de acceso disponía de un conjunto de losas dispuestas en lo que parecían ser escalones.

A partir de este momento, proseguimos los trabajos en la cara interna de los muros, donde diferenciamos la UE 7009, formada por tierra amarillenta, muy húmeda, con restos de techumbre de la cueva y alguna que otra piedra que posiblemente pertenecería a los muros. Dicha unidad se extiende por todo el recinto cerrado formado por los dos muros (UE 7007 y UE 7008), donde aparecieron materiales compuestos por fragmentos de teja, cerámica común islámica (jarras, jarritas), de cocina islámica (ollas), pero en cantidades ínfimas, cosa que no esperábamos, además de un clavo de hierro encontrado en la zona que posiblemente correspondería con la entrada a dicho recinto.

Una vez delimitados los dos muros por su parte interna y conseguida la profundidad de estos por esta misma parte, centramos nuestro trabajo en el espacio descubierto de la cueva. Seguimos levantado la capa superficial (UE 7000) hasta observar en la zona norte y delante del muro o UE 7007 la aparición de una tierra arenosa, muy fina de color marrón sin piedras y con restos cerámicos. Llamamos a esta nueva unidad UE 7010, unidad que se extendía por casi toda la superficie abierta, excepto en la zona suroeste de dicha cueva, donde aparecía otra unidad formada por grava a la que llamamos UE 7011 y que ocupaba unas dimensiones de 5,30 m de longitud y 3,30 m de anchura. Comprobamos que la UE 7010 (amarillenta y con restos cerámicos) continuaba por debajo de la UE 7011 (grava). Por tanto, una vez levantada esta última, conseguimos una homogeneidad en toda la cueva. La UE 7010 nos proporcionó un conjunto cerámico amplio que recogía desde cerámica común islámica, cerámica verde turquesa, cerámica de mesa romana, un borde de

terra sigillata hispánica, forma Drag. 15-17, entre otros. Bajo esta unidad afloraron unas piedras de gran tamaño, alineadas, paralelas al muro UE 7007 aunque situadas mucho más al sureste de la cueva, a las que llamamos UE 7012 ante la posibilidad de hallarnos frente a otra nueva estructura, posibilidad que más tarde se confirmaría encontrándonos ante un muro del cual solo se conservaba una hilera formada por cuatro grandes losas, que mantenía una orientación este-oeste.

La aparición del nuevo muro nos delimitó dos zonas bien diferenciadas. Al lado sur de la UE 7012 nos encontramos con una capa de tierra húmeda, marronácea, con gran número de fragmentos cerámicos (cerámica común romana, cerámica común islámica, cerámica común cristiana, melada de época moderna, etc.). En el otro lado del muro (norte) apareció una capa de tierra menos húmeda con fragmentos de tap, gran número de piedras de mediano tamaño (de la cubierta de la cueva) y con escasa aparición de fragmentos cerámicos (base de cántaro de época moderna, cerámica verde turquesa, fragmentos de teja...). Les llamamos UE 7013 a la zona sur del muro y UE 7014 a la zona norte. Por debajo de la UE 7013 y dejando al aire el muro UE 7012, encontramos una mancha negruzca que se extendía por todo el lado sur, mancha a la que dimos el nombre de UE 7015 y que estaba compuesta por multitud de conchas de caracol y un interesante conjunto cerámico, en el que encontraríamos desde fragmentos de ánforas romanas Dressel 1/B, cerámica campaniense A, forma Lamb. 25 y Lamb. 7, fragmentos de *kalathoi* ibéricos, así como de *terra sigillata* africana, *terra sigillata* sudgálica, entre otros.

Nos encontramos ante un vertedero que podríamos fechar en los siglos II-I a. C., gracias a los restos cerámicos encontrados en él, proporcionándonos al mismo tiempo la cronología del muro UE 7012, ya que este se asentaba encima del vertedero, por lo que podríamos fecharlo hacia el siglo I d. C.

El vertedero, UE 7016, obtuvo unas dimensiones finales de 2,50 m de anchura y 3,55 m de longitud, extendiéndose por debajo y a ambos lados del muro (UE 7012) y dando paso al tap, es decir, el suelo de la cueva.

En la parte suroeste, el vertedero se encontraba delimitado por una capa formada por tierra marronácea, arenosa y con escasa aparición cerámica, y que en un primer momento creímos que podría tratarse de los restos de la zanja del muro (UE 7012), ya que de este solo conservábamos una hilera de cuatro sillares. Aunque posteriormente se dispuso esta idea debido a la dirección

del muro y la extensión de dicha unidad, ya que debido a las similitudes que esta guardaba con la UE 7003, unidad estudiada durante la primera actuación realizada en la cueva, decidimos igualarla a esta última.

Bajo la UE 7014, observamos en la parte este, adosada al muro UE 7007, una capa de tierra amarillenta con alguna piedra de pequeño tamaño, cuyas dimensiones eran de 1,80 m de longitud, 1,08 m de anchura y 30 cm de grosor. Esta nueva unidad nos hizo plantearnos si podríamos estar ante los escasos restos de la preparación del suelo o pavimento de la zona externa de la cueva, lo que explicaría la existencia en un espacio pequeño entre el muro 7007 y una losa desprendida de la cubierta de la cueva, de un conjunto de pequeñas losas bien situadas y adosadas a este muro, al que llamamos UE 7021 y que podría formar parte, junto a otras adosadas al muro 7008, del enlosado del suelo externo de los muros 7007 y el propio 7008. Por debajo de este enlosado aparecería el tap o nivel estéril, observándose en todo el espacio el desnivel del terreno y, por tanto, del suelo de la cueva, apreciable a lo largo de todas las unidades estratigráficas y al que se tuvieron que amoldar las diferentes estructuras aparecidas.

CONCLUSIONES

Los restos encontrados en la Cova de les Bruixes, nos proporcionaron información importante para entender el papel que esta jugó en la ocupación del territorio a lo largo de las diferentes épocas, aunque en muchos casos no esté demasiado clara la finalidad con la cual se utilizó.

Es evidente que desde finales del siglo II a. C. hasta el siglo I d. C., la cueva se utilizó como vertedero, de ello nos da constancia el basurero hallado con un importante conjunto cerámico de época ibérica junto con grandes cantidades de conchas de caracol. Sobre este y asentado sobre él, se localizó el muro (UE 7012), del cual se conservaba tan solo una hilera de cuatro grandes piedras, fechado hacia el siglo I d. C., y aunque es evidente que debía dividir el espacio de la cueva en dos no podemos ir más allá de esta simple idea lógica, debido a los escasos restos que de él se conservan. Esta será la primera problemática que se nos plantea en cuanto a la funcionalidad de la cueva y su utilización a lo largo del tiempo.

De época musulmana encontramos un conjunto más amplio, ya que disponemos de dos muros, muy bien conservados (UE 7007 y UE 7008). Estos

cerrarían parte de la cueva, formando un recinto techado de forma natural (aprovechando la morfología de la cueva), al mismo tiempo que se dispondría de un mayor espacio descubierto. A pesar de la intencionalidad funcional de estas estructuras, no hemos encontrado restos evidentes de su uso y por tanto del uso de la cueva. En un primer momento consideramos la posibilidad de que estos muros, al cerrar la cueva crearían un espacio para albergar ganado, debido a las buenas condiciones que presentaría para ello. Pero sin embargo, no encontramos ningún registro arqueológico que nos mostrara tal posibilidad, en el sentido de hallar restos orgánicos propios de los lugares donde se encierra ganado.

También barajamos la hipótesis de que este espacio funcionara como lugar donde almacenar útiles de labranza e incluso para guardar leña, paja u otros productos agrícolas, pero, de nuevo, nos encontramos con la imposibilidad de constatarlo por las mismas razones que en el caso anterior. Llegados a este punto, quizá cabría plantearse que dicho espacio nunca llegara a utilizarse, por razones que se nos escapan, aunque esta, es otra posibilidad que no podemos afirmar. Lo que sí podemos afirmar es la importancia de este abrigo o cueva a lo largo del tiempo, y su inclusión dentro de un conjunto de hábitat mucho más grande, en el cual desempeñaría diferentes funciones respondiendo a las necesidades de cada época, lo que también denota una adaptación del hombre al medio y a la utilización de este en su propio beneficio.



Restos de estructuras en la Cova de les Bruixes



Jarrita ibérica de los siglos II-I a. C.



Campaniense A, forma Lamb. 25